

30.º domingo ordinario C

*El Señor es un Dios justo que no puede ser parcial;
no es parcial contra el pobre,
escucha las súplicas del oprimido. (Si 35,15b-16)*



Primera lectura

Eclesiástico (Sirácida) 35,15b-17.20-22a

El Señor es un Dios justo que no puede ser parcial; no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; sus penas consiguen su favor y su grito alcanza las nubes; los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansa; no cesa hasta que Dios le atiende, y el juez justo le hace justicia.

Segunda lectura

2 Timoteo 4,6-8.16-18

Querido hermano: Yo estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida.

La primera vez que me defendí ante el tribunal, todos me abandonaron y nadie me asistió. Que Dios los perdone. Pero el Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles. El me libró de la boca del león. El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. ¡A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén!

Evangelio

Lucas 18,9-14

En aquel tiempo dijo Jesús esta parábola por algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás: – Dos

hombres subieron al templo a orar. Uno era un fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: ¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo. El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador. Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

Meditación

Sabemos que no basta con orar externamente; es necesario que la oración penetre hasta la hondura más profunda de la vida y sea radicalmente sincera. Tal es el tema de nuestra parábola.

El fariseo sube al templo; dice abiertamente que le importa la oración y la realiza. Sin embargo su palabra y su actitud está vacía; no ha buscado en realidad más Dios que su grandeza y se contenta con su propia perfección humana. En cambio, el publicano sube a Dios y se descubre hundido en la miseria; necesita salir de su pecado y pide ansiosamente auxilio. Sabe que está solo, no se puede apoyar en lo que tiene y busca fuerza y salvación en el camino. Por eso llama. En ese momento deja de importar su pasado pecador; deja de importar la misma valentía o consecuencia que después ha de mostrar en su futuro. Sólo importa un hecho: Allí donde se encuentra un hombre abandonado y se decide a levantar sus manos suplicantes a Dios implorando bendición y ayuda se realiza la oración auténtica. Teniendo esto en cuenta queremos formular algunas conclusiones.

a) Ante el ejemplo de Jesús la oración como puro rito ha pasado a segundo término. Estamos seguros de que el fariseo ha realizado puntualmente todas las prescripciones de la tradición sagrada de Israel. Sin embargo, a través de todas sus palabras no ha llegado en realidad a Dios, quedándose en sí mismo, en su visión del mundo, en la satisfacción de su propia justicia. El publicano, en cambio, es un hombre que no sabe de perezas ni fórmulas rituales. Su vida se encuentra transpasada en el pecado y no es capaz de presentar ante Dios ningún mérito o ventaja. Sin embargo, al llegar hasta el fondo de sí mismo deja que Dios le ilumine y le cambie. Por eso, al afirmar que el publicano baja a casa justificado se está diciendo que Dios le ama y que él (el publicano) intentará traducir a su vida la exigencia del perdón y del amor que Dios le ha transmitido.

b) Dentro de un campo de experiencia cristiana, la oración consistirá en abrirse con Jesús al Padre. En Jesús y con Jesús podemos descubrir que nuestra vida se halla llena del don que Dios le ofrece. Orar consiste en tener la seguridad de que el fondo de todo no consiste en un vacío que repite el eco de nuestras propias voces; el fondo es un amor de padre que se inclina a nuestra súplica y nos ama.

c) Ciertamente, el hombre no necesita de oración, como necesita de las cosas materiales (aire, agua). Pero sólo en la oración descubre su intimidad como persona a la que aman; descubre su realidad como persona que se encuentra apoyada en el misterio de la muerte y de la Pascua de Jesús y puede sentirse perdonada. Gozarse del don que nos ofrecen; gozarse del mismo Dios como un regalo; vivir este misterio y expresarlo alegremente cada día; tal es el sentido de la auténtica oración cristiana. Esto es lo que el fariseo no ha sabido descubrir, porque se hallaba encerrado en el reducto de su propia santidad y su justicia. Esto es lo que el publicano aprende sobre el templo.